

SOBRE LA TAREA URGENTE DE LA EDUCACIÓN

«Queridos fieles de Roma:

”He querido dirigirme a vosotros con esta carta para hablaros de un problema que vosotros mismos experimentáis y en el que están comprometidos los diversos componentes de nuestra Iglesia: el problema de la educación. Todos nos preocupamos por el bien de las personas que amamos, en particular por nuestros niños, adolescentes y jóvenes. En efecto, sabemos que de ellos depende el futuro de nuestra ciudad. Por tanto, no podemos menos de interesarnos por la formación de las nuevas generaciones, por su capacidad de orientarse en la vida y de discernir el bien del mal, y por su salud, no sólo física sino también moral. Ahora bien, educar jamás ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil. Lo saben bien los padres de familia, los profesores, los sacerdotes y todos los que tienen responsabilidades educativas directas. Por eso, se habla de una gran “emergencia educativa”, confirmada por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar un sentido a su vida. Así, resulta espontáneo culpar a las nuevas generaciones, como si los niños que nacen hoy fueran diferentes de los que nacían en el pasado. Además, se habla de una “ruptura entre las generaciones”, que ciertamente existe y pesa, pero es más bien el efecto y no la causa de la falta de transmisión de certezas y valores.

»Por consiguiente, ¿debemos echar la culpa a los adultos de hoy, que ya no serían capaces de educar? Ciertamente, tanto entre los padres como entre los profesores, y en general entre los educadores, es fuerte la tentación de renunciar; más aún, existe incluso el riesgo de no comprender ni siquiera cuál es su papel, o mejor, la misión que se les ha confiado. En realidad, no sólo están en juego las responsabilidades personales de los adultos o de los jóvenes, que ciertamente existen y no deben ocultarse, sino también un clima generalizado, una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien; en definitiva, de la bondad de la

”vida. Entonces, se hace difícil transmitir de una generación a otra algo
”válido y cierto, reglas de comportamiento, objetivos creíbles en torno a los
”cuales construir la propia vida.

»Queridos hermanos y hermanas de Roma, ante esta situación qui-
”siera deciros unas palabras muy sencillas: ¡No tengáis miedo! En efecto,
”todas estas dificultades no son insuperables. Más bien, por decirlo así, son
”la otra cara de la medalla del don grande y valioso que es nuestra liber-
”tad, con la responsabilidad que justamente implica. A diferencia de lo
”que sucede en el campo técnico o económico, donde los progresos actuales
”pueden sumarse a los del pasado, en el ámbito de la formación y del cre-
”cimiento moral de las personas no existe esa misma posibilidad de acu-
”mulación, porque la libertad del hombre siempre es nueva y, por tanto,
”cada persona y cada generación debe tomar de nuevo, personalmente, sus
”decisiones. Ni siquiera los valores más grandes del pasado pueden here-
”darse simplemente; tienen que ser asumidos y renovados a través de una
”opción personal, a menudo costosa.

»Pero cuando vacilan los cimientos y fallan las certezas esenciales, la
”necesidad de esos valores vuelve a sentirse de modo urgente; así, en con-
”creto, hoy aumenta la exigencia de una educación que sea verdadera-
”mente tal. La solicitan los padres, preocupados y con frecuencia
”angustiados por el futuro de sus hijos; la solicitan tantos profesores, que
”viven la triste experiencia de la degradación de sus escuelas; la solicita la
”sociedad en su conjunto, que ve cómo se ponen en duda las bases mismas
”de la convivencia; la solicitan en lo más íntimo los mismos muchachos y
”jóvenes, que no quieren verse abandonados ante los desafíos de la vida.
”Además, quien cree en Jesucristo posee un motivo ulterior y más fuerte
”para no tener miedo, pues sabe que Dios no nos abandona, que su amor
”nos alcanza donde estamos y como somos, con nuestras miserias y debili-
”dades, para ofrecernos una nueva posibilidad de bien.

»Queridos hermanos y hermanas, para hacer aún más concretas mis
”reflexiones, puede ser útil identificar algunas exigencias comunes de una
”educación auténtica. Ante todo, necesita la cercanía y la confianza que
”nacen del amor: pienso en la primera y fundamental experiencia de
”amor que hacen los niños —o que, por lo menos, deberían hacer— con sus
”padres. Pero todo verdadero educador sabe que para educar debe dar
”algo de sí mismo y que solamente así puede ayudar a sus alumnos a supe-
”rar los egoísmos y capacitarlos para un amor auténtico.

»Además, en un niño pequeño ya existe un gran deseo de saber y com-
”prender, que se manifiesta en sus continuas preguntas y peticiones de

» explicaciones. Ahora bien, sería muy pobre la educación que se limitara a dar nociones e informaciones, dejando a un lado la gran pregunta acerca de la verdad, sobre todo acerca de la verdad que puede guiar la vida.

» También el sufrimiento forma parte de la verdad de nuestra vida. Por eso, al tratar de proteger a los más jóvenes de cualquier dificultad y experiencia de dolor, corremos el riesgo de formar, a pesar de nuestras buenas intenciones, personas frágiles y poco generosas, pues la capacidad de amar corresponde a la capacidad de sufrir, y de sufrir juntos.

» Así, queridos amigos de Roma, llegamos al punto quizá más delicado de la obra educativa: encontrar el equilibrio adecuado entre libertad y disciplina. Sin reglas de comportamiento y de vida, aplicadas día a día también en las cosas pequeñas, no se forma el carácter y no se prepara para afrontar las pruebas que no faltarán en el futuro. Pero la relación educativa es ante todo encuentro de dos libertades, y la educación bien lograda es una formación para el uso correcto de la libertad. A medida que el niño crece, se convierte en adolescente y después en joven; por tanto, debemos aceptar el riesgo de la libertad, estando siempre atentos a ayudarlo a corregir ideas y decisiones equivocadas. En cambio, lo que nunca debemos hacer es secundarlo en sus errores, fingir que no los vemos o, peor aún, que los compartimos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano.

» Así pues, la educación no puede prescindir del prestigio, que hace creíble el ejercicio de la autoridad. Es fruto de experiencia y competencia, pero se adquiere sobre todo con la coherencia de la propia vida y con la implicación personal, expresión del amor verdadero. Por consiguiente, el educador es un testigo de la verdad y del bien; ciertamente, también él es frágil y puede tener fallos, pero siempre tratará de ponerse de nuevo en sintonía con su misión.

» Queridos fieles de Roma, estas sencillas consideraciones muestran cómo, en la educación, es decisivo el sentido de responsabilidad: responsabilidad del educador, desde luego, pero también, y en la medida en que crece en edad, responsabilidad del hijo, del alumno, del joven que entra en el mundo del trabajo. Es responsable quien sabe responder a sí mismo y a los demás. Además, quien cree trata de responder ante todo a Dios, que lo ha amado primero.

» La responsabilidad es, en primer lugar, personal; pero hay también una responsabilidad que compartimos juntos, como ciudadanos de una misma ciudad y de una misma nación, como miembros de la familia

”humana y, si somos creyentes, como hijos de un único Dios y miembros
”de la Iglesia. De hecho, las ideas, los estilos de vida, las leyes, las orien-
”taciones globales de la sociedad en que vivimos, y la imagen que da de sí
”misma a través de los medios de comunicación, ejercen gran influencia
”en la formación de las nuevas generaciones para el bien, pero a menudo
”también para el mal.

»Ahora bien, la sociedad no es algo abstracto; al final, somos nosotros
”mismos, todos juntos, con las orientaciones, las reglas y los representantes
”que elegimos, aunque los papeles y las responsabilidades de cada uno sean
”diversos. Por tanto, se necesita la contribución de cada uno de nosotros,
”de cada persona, familia o grupo social, para que la sociedad, comen-
”zando por nuestra ciudad de Roma, llegue a crear un ambiente más
”favorable a la educación.

»Por último, quisiera proponeros un pensamiento que desarrollé en
”mi reciente carta encíclica *Spe salvi*, sobre la esperanza cristiana: sólo
”una esperanza fiable puede ser el alma de la educación, como de toda la
”vida. Hoy nuestra esperanza se ve acechada desde muchas partes, y tam-
”bién nosotros, como los antiguos paganos, corremos el riesgo de conver-
”tirnros en hombres “sin esperanza y sin Dios en este mundo”, como
”escribió el apóstol san Pablo a los cristianos de Éfeso (Ef. 2, 12).
”Precisamente de aquí nace la dificultad tal vez más profunda para una
”verdadera obra educativa, pues en la raíz de la crisis de la educación hay
”una crisis de confianza en la vida.

»Por consiguiente, no puedo terminar esta carta sin una cordial invi-
”tación a poner nuestra esperanza en Dios. Sólo él es la esperanza que
”supera todas las decepciones; sólo su amor no puede ser destruido por la
”muerte; sólo su justicia y su misericordia pueden sanar las injusticias y
”recompensar los sufrimientos soportados. La esperanza que se dirige a
”Dios no es jamás una esperanza sólo para mí; al mismo tiempo, es siem-
”pre una esperanza para los demás: no nos aísla, sino que nos hace soli-
”darios en el bien, nos estimula a educarnos recíprocamente en la verdad
”y en el amor.

»Os saludo con afecto y os aseguro un recuerdo especial en la oración,
”a la vez que envío a todos mi bendición».

(Mensaje de Su Santidad Benedicto XVI a la
Diócesis de Roma de 21 de enero de 2008).